

Con semejantes resultados no hubiera sido extraño que los gobernantes holandeses hubiesen suspendido todo trato con sus aliados ingleses y alemanes, sobre todo el gran pensionario Heinsius; pero al contrario, se hicieron dignos de eterna fama, prescindiendo de ultrajes pasajeros, considerando solo los intereses permanentes de Europa y permaneciendo fieles a la coalición.

Antes de concluir este año añadieron las armas francesas a las dos victorias citadas otra tercera.

El duque Víctor Amadeo de Saboya se hallaba enteramente sometido a Luis XIV, ya porque Pignerol, la fortaleza más importante que guardaba el paso de los Alpes estaba en manos de los franceses, ya porque había tenido que franquearles los otros pasos que conducían desde Francia a sus Estados y a Italia, con motivo de las persecuciones de los valdenses. A consecuencia de esto, había asegurado al rey de Francia su completa adhesión al empezar la campaña de 1688, y a más le había concedido a guisa de contingente tres regimientos piamonteses. Pero todo esto no pasaba de un simulacro; en el fondo esperaba el duque solo una ocasión favorable para sacudir la insoportable tiranía de su vecina la Francia y recuperar la plaza de Pignerol, que conquistada por Richelieu había sido la señal y el principio de la servidumbre del Piamonte. Luis XIV recelaba de su aliado, y para vigilarle, con el pretexto de renovar las persecuciones contra los valdenses, le envió en los primeros meses del año 1690 al general Catinat con 13,000 hombres. Después, habiendo sabido Louvois que el duque estaba en tratos sospechosos con el emperador y con el lugarteniente español en Milán, encargó a Catinat que le exigiera la entrega de las dos plazas fuertes del Piamonte, Turín y Verrua. Como Víctor Amadeo no tenía fuerzas para resistir abiertamente, alargó con habilidad las negociaciones, mientras fortificaba a toda prisa la primera de las citadas plazas, y dejaba que se sublevaran los valdenses, tan maltratados por los franceses, que solo los llamaban por mofa *barbets* (1) y que exasperados se resintieron hasta lo sumo contra sus feroces perseguidores. En 4 de junio de 1690 firmó el duque un tratado secreto con el emperador y con España por el cual le prometieron un cuerpo de tropas imperiales de 6,000 hombres y la restitución de Pignerol en cambio de su ingreso en la coalición. Con estas seguridades declaró la guerra a la Francia, y puso en libertad a todos los valdenses presos, invitándolos, así como a los hugonotes, a tomar las armas y a unirse a él para luchar contra los opresores comunes. Formóse de esta manera una hueste muy regular, pero sin práctica; de modo que cuando el duque atacó con estas fuerzas al general Catinat antes de la llegada del contingente imperial, fué completamente derrotado cerca de la abadía de Staffarda, en 18 de agosto de 1690. El vencedor tampoco pudo aprovechar esta victoria, sucediendo con ella lo que había pasado con las de Beachy-Head y Fleurus, porque luego llegaron los imperiales y con su auxilio pudo arrojar Víctor Amadeo al pequeño ejército de Catinat del Piamonte.

No por esto quedó menos evidenciada a la vista de todo el mundo la gran superioridad de las armas francesas, que habían vencido en tres grandes batallas.

Algun contrapeso a tanto descalabro hacia el éxito de la lucha en Irlanda. Jacobo había sido reforzado con siete mil hombres de tropas francesas y suizas; pero de nada sirvieron, porque entre la tropa irlandesa reinaba una relajación espantosa, y el general francés Lauzun hacia todos los esfuerzos imaginables para alargar la lucha indefinidamente, y entre tener las fuerzas inglesas a fin de que no pudiesen tomar

(1) Especie de perro faldero de pelo largo.

parte en la guerra continental. Por fin llegó Guillermo III con refuerzos y desde entonces no hizo Jacobo más que retirarse hasta Dublín su capital que no quería abandonar al enemigo. Allí cerca tomó una posición ventajosa al otro lado del río Boyne, donde le atacó Guillermo el día 11 de julio de 1690. En esta batalla quedó el mismo Guillermo herido y el valiente y perito Schomberg muerto, pero a excepción de estas desgracias, fueron insignificantes las pérdidas de los ingleses, porque sus contrarios cedieron luego al ver que su mismo rey Jacobo daba la señal de la fuga, no por miedo, porque en otras ocasiones había dado pruebas de valor personal, sino para conservar con su persona la columna principal del trono y de la dinastía legítima que a su parecer estaban vinculados en ella. Contribuyó también a su huida Lauzun por encargo de su soberano, que quería tener siempre a mano al desgraciado Jacobo para servirse de él como espantajo e instrumento de discordia. Por eso apenas tomaron parte en la acción las fuerzas francesas, las cuales se reservaron para servir de escolta al rey destronado. Efectivamente le acompañaron hasta la costa, donde se volvió a embarcar para Francia con tanta prisa, que él mismo fué el primer mensajero de su desgracia. Lisonjébase de que Luis XIV, sin perder un instante, le daría el ejército vencedor de Fleurus para volver con él a desembarcar en la misma Inglaterra; pero ¡ah! su sorpresa fué grande al ver que su regio colega le recibió con marcada frialdad después de enterarse de sus heroicidades junto al río Boyne, y no quiso confiar su mejor ejército al hombre que le había hecho destrozarse.

El núcleo de las tropas irlandesas se sostuvo con más energía. Los irlandeses como todos los guerreros sin instrucción ni práctica prestaban, ya que no en campo raso, a lo menos detrás de las murallas muy buenos servicios. No pudieron impedir que la capital y la mayor parte de la isla cayeran en poder de los ingleses, pero defendieron con tal bizarría la importante plaza de Limerick, que los vencedores hubieron de renunciar por lo pronto a tomarla. Por lo demás este detalle no disminuyó la importancia del resultado principal de la campaña, porque ya no había que pensar ni en un reino irlandés bajo el cetro de Jacobo, ni menos en un reino escocés o inglés con este rey. Bastó un cuerpo pequeño de tropa para vigilar la plaza de Limerick; y el grueso de las fuerzas inglesas, con el mismo rey Guillermo a su cabeza, quedó disponible para pasar al continente y tomar parte en la gran lucha común contra Francia. Un solo temor quedaba a Guillermo, y era que el pueblo inglés, sometida ya la Irlanda, se mostrara cansado de hacer nuevos sacrificios de sangre y de dinero contra Luis XIV; pero el mismo Luis XIV hizo desaparecer muy pronto semejante temor, porque envió una escuadra con un ejército de desembarco a las costas de Inglaterra, donde las tropas mostraron su valor en una aldea indefensa e inofensiva de pescadores que quemaron. A esto se limitaron sus hazañas; pero bastó esta manera de proceder para exasperar al pueblo inglés y demostrarle que en aquella lucha no se trataba solamente de intereses lejanos y extraños, sino que estaban en juego también la libertad, la independencia y la prosperidad de su propio país. Así fué que en otoño el parlamento votó en solo dos días 4 y medio millones de libras esterlinas, aproximadamente 112 millones y medio de pesetas, con destino a las fuerzas terrestres y marítimas. Era esta una suma jamás vista ni oída hasta entonces, y el gran adversario de Luis XIV podía mirar ya con confianza el porvenir.

No obstante el mal estado del mar, en enero de 1691 pasó Guillermo a Holanda para organizar allí la próxima campaña. El pueblo holandés, que veía en él a su héroe nacional,

le recibió con inmenso júbilo; y Guillermo, que tres años antes no era más que un alto funcionario de la república, tuvo la satisfacción de ver agruparse en torno suyo en el Haya a los potentados alemanes, entre ellos los príncipes electores de Brandeburgo y de Baviera y los representantes del emperador y del rey de España. Allí se estipularon subsidios, y el número de soldados que cada soberano pondría en campaña. Interminables y erizadas de innumerables dificultades fueron estas negociaciones, porque el emperador en lugar de aumentar los miserables 20,000 hombres que tenía por el lado del Rin, anunció que sacaría todavía 3 regimientos de caballería que necesitaba para enviarlos a Oriente a consecuencia de la última campaña contra los turcos, para él tan desgraciada; y al mismo tiempo los otros soberanos alemanes al encontrarse necesarios se hicieron mucho de rogar para subir más y más la cantidad que pretendían cobrar en forma de subsidios. Al fin, con gran trabajo y sumándolo todo, se llegó a contar con un total de 220,000 combatientes entre todos los coligados, pero en el papel; porque ¿quién aseguraba a Guillermo que cuando llegara el momento se reuniesen? Mas probable era que no se presentaran siquiera las dos terceras partes y quizás ni estas para el próximo mes de junio. Por eso Guillermo dijo al embajador imperial: «¡Me espanto cuando pienso con cuántas cabezas tengo que entenderme!»

No tenía estas dificultades Luis XIV, que con una simple orden disponía de todos los recursos de su dilatado y poblado reino, con el cual ningún otro podía medirse entonces ni en número ni en industria y actividad de la población. Así fué que con su ministro Louvois aprovechó esta superioridad de su monarquía centralizada sobre la coalición dividida y confusa para asestarle unos cuantos golpes bien dados antes de que estuviera a punto de entrar en operaciones.

A principios de marzo de 1691 salió repentinamente Catinat con su ejército de la Provenza e invadió el condado de Niza perteneciente al duque de Saboya. Había tomado perfectamente todas sus disposiciones para asegurar el buen éxito de su empresa. Al ejército seguía a lo largo de la costa una escuadra que llevaba la artillería y provisiones abundantes de toda especie; de modo que en tres semanas todo el condado, incluso su capital, se hallaba en poder de los franceses.

No fué esto todo. Una sorpresa mucho más fatal aguardaba a la Europa aterrorizada.

Una de las plazas más fuertes e importantes de la Flandes era Mons, la capital del Hainaut, y el baluarte de Bruselas. La conquista rápida de esta fortaleza había sido estudiada y preparada en el más profundo misterio por Louvois desde el verano del año anterior; y justamente cuando Catinat marchó sobre Niza, cuando en Flandes era todavía invierno y no se veía ni una brizna de yerba fresca en los prados y campos, ni nadie creía posibles allí grandes operaciones militares, se presentó delante de los muros de Mons un ejército francés abundantísimamente provisto de todo lo necesario. Era uno de los golpes maestros de Louvois, y la llegada de Luis XIV al campamento a los pocos días fué para todo el mundo, amigos y enemigos, la señal inequívoca de que la plaza estaba perdida irremisiblemente.

Louvois había tenido la precaución de ponerse antes en comunicación secreta con la clase media de la ciudad. La guarnición, compuesta de 4,000 hombres, se defendió con heroísmo; Guillermo, paralizado por la mas increíble negligencia de las autoridades españolas, trató en vano de socorrer la plaza con las tropas más próximas y prontas; Luis XIV ya perdía la paciencia y daba señales de cólera contra su ministro, cuando los traidores que en la ciudad estaban

en connivencia con el enemigo, aprovecharon el horror del bombardeo para impulsar a la población a entregar la plaza. La guarnición viéndose atacada por los de dentro y de afuera a la vez, no tuvo más remedio que capitular el 10 de abril, obteniendo libre retirada con todos los honores de guerra.

Mal principio de campaña era este para los aliados. Al mismo tiempo descubrióse una vasta conspiración en Inglaterra, que tenía por objeto la restauración de Jacobo II, y en la cual se hallaban comprometidas personas notabilísimas, obispos y títulos como el conde de Clarendon. El mismo ministro Godolphin, el teniente general Marlborough y el almirante lord Russell, sucesor de Torrington, inspiraban sospechas muy fundadas. Ciertamente Luis XIV parecía estar favorecido por todas las circunstancias en esta lucha. El efecto que produjo el principio desgraciado de la campaña fué desde luego deplorable. La Suecia que en el año anterior había puesto a disposición de la coalición unos cuantos miles de soldados, los retiró encerrándose en una neutralidad hostil; porque ella y la Dinamarca se encontraban perjudicadas por los buques ingleses y holandeses armados en corso, de cuyas resultas hicieron un convenio por el cual se obligaron mutuamente a sostener aunque fuese con las armas la libertad de su comercio marítimo.

Fuera de estos hechos no ofreció otra cosa notable la campaña de aquel año. El mariscal Luxemburgo, muy superior a Guillermo III en pericia militar, supo con su ejército más débil evitar toda acción seria, sin por esto dejar a su enemigo la menor coyuntura para alcanzar la mas pequeña ventaja. Una cosa semejante ocurrió en el Alto Rin, donde la traición del feld-mariscal sajón Schoening paralizó los movimientos de las fuerzas de la coalición, superiores igualmente a las francesas, hasta que la muerte del príncipe elector de Sajonia, Juan Jorge III, que era el general en jefe, puso fin a la campaña. En su consecuencia el ejército francés en aquella parte pudo desprenderse de parte de sus fuerzas, que se reunieron a las de Catinat, permitiéndole con este refuerzo conquistar mas plazas piamontesas y completar con la toma de Montmelian en medio del invierno la conquista de toda la Saboya.

El balance del año era que los aliados habían quedado derrotados en todas partes, resultado mas triste que el de las victorias de los franceses en la guerra de la primera coalición. Entonces podían consolarse los aliados con la idea de que faltaba la Inglaterra entre ellos, y de que cuando ésta se les uniera a la primera ocasión favorable, sería segura la humillación de la Francia; pero ya se les había agregado esta gran potencia, la última que faltaba, y con todo habían alcanzado los franceses nuevas victorias y progresos.

Nada adelantó la coalición con que en los dos extremos de Europa, en Turquía y en Irlanda mejorasen las cosas. Una brillante victoria del margrave Luis de Baden con apenas 50,000 hombres sobre el ejército turco compuesto de mas de 100,000, mandado por Mustafá Köprili, obtenida en agosto de 1691 cerca de Szalankemen y de Peterwardein, había apartado el gran peligro que por aquel lado amenazaba. Los turcos tuvieron mas de 20,000 muertos, y entre ellos el mismo gran visir, el ilustre reformador de su país. Según opinión unánime, los brandeburgueses ganaron la palma de esta victoria; pero no por esto estaba concluida esta guerra, tan fatal para la gran coalición contra la Francia, porque el emperador, después de tan grande victoria, concibió mayores esperanzas de recuperar las conquistas perdidas el año anterior.

En Irlanda fué mejor el resultado general, porque allí quedó definitivamente vencida la influencia francesa con la victoria decisiva que el general holandés Ginkel alcanzó sobre

los irlandeses, merced principalmente al valor irresistible de los hugonotes que rompieron las filas de los católicos. La consecuencia fué que capituló Galway, la capital de la provincia de Connaught, habitada casi exclusivamente por irlandeses. El último baluarte de estos, Limerick, defendido por Tyrconnel, el alma del partido irlandés mas exagerado, capituló á la muerte de éste, y la guarnicion obtuvo permiso de marcharse con los honores de la guerra en 13 de octubre de 1691. Quedó sometida la Irlanda, y contra los deseos de la gran mayoría del pueblo inglés, fué tratada por el rey con suma benignidad. Guillermo III era ya rey de toda la Gran Bretaña, sin que en ningun rincón de ella hubiese oposicion á su autoridad régia. Los soldados que tan bizarramente habian defendido la ciudad de Limerick fueron, conforme á su deseo, trasladados á Francia en buques ingleses. Allí se les organizó en un cuerpo aparte. Muchas familias irlandesas aprovecharon la ocasion y se marcharon con ellos.

Hay que confesar que fué una gravísima falta de Luis XIV la de retirar todo su ulterior apoyo á los irlandeses; y acaso no la hubiera cometido á no haber muerto antes el gran ministro que mas que nadie habia contribuido á la fama y poderío de su país, bien que tambien contribuyó á fomentar aquella soberbia que al fin y al cabo fué causa de la derrota de la Francia.

Ya hacia tiempo que á Luis XIV tenian mohino la sed de mando y la terquedad de Louvois que habia perdido mucho en la opinion del monarca con los descalabros del año 1689 explotados hábilmente por la Maintenon y por todos los cortesanos hartos de la tiranía brutal que aquel hombre ejercia con todo el mundo. Ya en diferentes ocasiones le habia mostrado Luis su desagrado claramente, causándole la inquietud y el hondo disgusto naturales en quien no estaba acostumbrado á tales reconveniones. Cierta que mucho de lo que se contaba sobre este particular eran malos rumores de camarilla, pero se veía que la estrella del ministro caminaba á su ocaso. Sus adversarios subian á los puestos mas altos en el gobierno y en el ejército, y el rey á veces tomaba disposiciones importantes sin consultarle y aun contra su consejo. Si á estos disgustos amargos, se agrega la actividad pasmosa á que estaba entregado desde su juventud y que no podía menos de consumir sus fuerzas, se comprenderá que se resintiese su fuerte organizacion y se rompieran los resortes de su vida. El día en que murió, que fué el 16 de julio de 1691, dió las audiencias de costumbre, dictó y firmó 23 cartas y trabajó luego con el rey; pero reparando éste que no se encontraba bien, le permitió que se retirara. Volvió á su casa, y apenas hubo entrado, cayó muerto; no tenia mas que 51 años. Al saberlo Luis XIV mostró la misma insensibilidad que á la muerte de Colbert: «No irán por eso peor mis intereses,» dijo aquel gran egoísta, siempre atento á no dejar creer con cualquiera muestra de agradecimiento ó de cariño, que el sujeto favorecido tuviera la menor influencia en la direccion del Estado; porque solo él, el rey, debía aparecer como director del reino, y los ministros debian ser considerados como simples dependientes de los que á cualquiera hora se pueden cambiar. En efecto, cuatro ó cinco semanas despues de la muerte de Louvois nadie hablaba ya de él en la corte, como si jamás hubiese existido tal personaje. Habianse depositado sus restos mortales en la iglesia del cuartel de Inválidos, creacion suya; pero cuando concluyó en 1699 sin los resultados apetecidos la segunda guerra de coalicion provocada por Louvois, mandó Luis trasladar sus huesos, de noche y sin ninguna ceremonia, al convento de capuchinos de la plaza de Vendôme.

Y sin embargo Louvois habia ejercido inmensa y poderosa influencia en la administracion y en la política de Francia.

Solo á él debía su imponente ejército y toda la organizacion militar que le permitieron retar y hacer frente á toda la Europa junta; y él fué tambien por otro lado quien impulsó á Luis XIV por la senda de las anexiones, de las cámaras de reunion y de las agresiones del año 1688, tan fatales para su país y para toda la Europa.

No tardó en dejarse sentir su falta en todo, en el equipo, armamento y disciplina del ejército, así como se conoció la falta de Seignelaye, hijo de Colbert, en la marina. Verdad es que Luis trataba de llenar los vacíos terribles que causaba la muerte entre sus consejeros mas distinguidos, redoblando su propia actividad; pero como jamás pudo reemplazar sino en una pequeña parte, á genios tan eminentes, hizo mas patente á los ojos de todo el mundo lo mucho que les debía.

Ya estaban por fin en frente uno de otro los dos grandes adversarios Luis XIV y Guillermo III, cada uno á la cabeza de un poderoso país, y el segundo además director y jefe de toda la coalicion. Lo singular fué que ambos formaron idéntico plan de campaña para el año 1692, á saber: un desembarco en el corazón del país enemigo, con la diferencia de que el rey de Francia tenia mas probabilidades de éxito que el de Inglaterra, donde se aumentaba de día en día el número de partidarios de Jacobo entre las personas mas influyentes en el gobierno y en el país. Los estadistas del partido tory estaban disgustados, porque con el destronamiento de Jacobo habia ganado el partido whig, que habia entrado á dirigir los negocios; de suerte que deseaban la vuelta del soberano legitimo, no obstante haber ellos mismos contribuido á su caída. Todos los esfuerzos de Guillermo para establecer un gobierno que se mostrase superior al espíritu de partido y que reconciliara todo el país, resultaron ineficaces; los partidos estaban ya demasiado arraigados para anularse y dejar libre al gobierno de su influencia sucesiva. Respecto del clero anglicano, era indudable que una gran parte habia deseado ver reducida á la impotencia la propaganda católica de Jacobo; pero su conciencia se rebelaba contra la destitucion de un rey legitimo, tanto que muchos obispos é individuos del clero parroquial se negaron á jurar fidelidad al nuevo rey, que tuvo que destituirlos. A todos estos elementos se agregaron algunas personas del partido whig que no se creian recompensadas como merecian. El carácter taciturno y hosco del rey le hacia personalmente impopular en el país, conocido entonces por sus costumbres alegres y genio franco. Su propia cuñada, y heredera prestante del trono, la princesa Ana, riñó con él y se puso en comunicacion con su padre. Jacobo II en su destierro tambien se exageraba el poderío y la decision de sus partidarios en Inglaterra; y exaltado por tantos ofrecimientos, hasta del almirante Russell, conforme ya dijimos, pidió y logró de Luis XIV un ejército y una escuadra para atacar esta vez directamente la Inglaterra.

El primer descalabro que experimentó fué que Guillermo tuvo noticia de sus planes; y viendo que su gran bondad para con los comprometidos solo habia tenido por resultado animarles á conspirar con mas energia, mandó poner presos é incomunicados á ochenta de los partidarios mas distinguidos de Jacobo en 12 de mayo de 1692 por crimen de alta traicion. Entre ellos estaban tambien Marlborough, y la misma princesa Ana, solo que aquellos fueron encerrados en la Torre de Londres, y esta custodiada militarmente en su palacio. Despues el mismo Jacobo acabó de desbaratarlo todo. Si hubiese pasado el Canal de la Mancha con los muchos emigrados irlandeses é ingleses que tenia á su disposicion y hubiese publicado á su llegada una amnistia y prometido un gobierno estrictamente legal, pudiera haber

tenido alguna probabilidad de éxito; pero lo hizo todo al revés. Sus buques izaron el pabellón francés; las tropas á bordo eran en su mayoría francesas; y el manifiesto que publicó no prometió absolutamente nada al pueblo inglés y en cambio anunciaba su venganza y el castigo á centenares de miles de personas. Viendo esto, abandonóle el almirante conde de Russell, de opinion liberal ó whig, y con él le abandonó tambien la mayoría de sus partidarios ingleses. Russell, á fin de lavarse de toda sospecha, fué con las dos escuadras inglesa y holandesa reunidas en busca de la francesa, menos numerosa y mandada por Tourville, y la deshizo completamente en 29 de mayo de 1692. Tourville pudo escapar con 16 buques y se refugió detrás del promontorio La Hogue en la costa de la Bretaña francesa, pero fué alcanzado por los ingleses, que incendiaron todos sus buques.

Habia pasado ya el tiempo de que pudieran jactarse los franceses, como se jactaron despues de la batalla de Beachy Head, de ser tambien los mas fuertes en el mar, porque entonces, segun decian, no habian podido resistirles las escuadras inglesa y holandesa reunidas. Todos los inmensos esfuerzos de Colbert y de su hijo Seignelaye para crear una poderosa marina de guerra, quedaron reducidos á la nada; porque desde la desgracia de Tourville no se atrevió ya ninguna escuadra francesa á hacer cara á los aliados; y con esto desapareció el elemento principal para una restauracion de Jacobo II en Inglaterra. Conspiraciones jacobitas hubo muchas todavia; pero ninguna que ofreciera un peligro serio para Guillermo III.

En el continente seguian los franceses en auge. Despues de tomar á Mons, dirigieron sus esfuerzos contra Namur, la segunda fortaleza principal de la Bélgica oriental, que situada en la confluencia del Mosa y del Sambre domina ambos rios. Estaba prevenida, bien pertrechada y contaba con una guarnicion de 12,000 individuos, pero ¿qué significaba todo esto contra el ejército francés que compuesto de 140,000 hombres se aproximaba para arrojar sobre ella? Con 50,000 dirigió el rey en persona el sitio, protegido por los restantes 90,000 mandados por Luxemburgo que con su admirable talento militar supo impedir todas las tentativas de Guillermo para socorrer la plaza. La ciudad cayó, pues; luego cayeron las ciudadelas aisladas, y finalmente, en 30 de junio de 1692 el castillo principal. Era un golpe fatal para los aliados, porque con Namur tenian los franceses la puerta abierta para penetrar en Holanda; y mas fatal que esto resultó ser la pérdida moral; porque esta campaña podia casi mirarse como un desafío personal entre Guillermo III y Luis XIV, y el primero habia salido vencido. No le faltaron burlas, epigramas y sátiras que llovieron sobre él de todas partes, sobre todo de parte de los aristócratas holandeses é ingleses que le acusaban de cobardía é indolencia. Decian que habia pedido á todos dinero y gente, para despues no hacer con 100,000 hombres ni siquiera una tentativa para salvar una plaza tan importante como Namur.

Guillermo sintió la necesidad de justificarse de semejantes acusaciones, y atacó en 3 de agosto de 1692 cerca de Steenkerken al ejército francés mandado por Luxemburgo, en ocasion en que una parte de él, á las órdenes de Boufflers, se habia separado del grueso principal. Al principio todo iba bien y algunos regimientos franceses fueron dispersados; pero el terreno cortado en todos sentidos dificultó el avance de los aliados. Tambien lo dificultaron los suizos al servicio de la Francia, que opusieron la resistencia mas tenaz, dando así tiempo á Boufflers para acudir al auxilio de su superior. Reunidos ambos cuerpos del ejército francés obligaron á Guillermo á retirarse del campo de batalla que dejaron empapado en sangre.

Esta batalla no fué propiamente una derrota para los aliados; sus pérdidas consistieron en 6,000 bajas, número inferior á las de los franceses. Los aliados conservaron las posiciones que tenian por la mañana antes de marchar al ataque, mientras que al día siguiente de la batalla el duque de Luxemburgo se retiró con las fuerzas francesas. Pero de todos modos se habia perdido á Namur y la esperanza de recuperarla, para cuya realizacion se habia renunciado al plan favorito de un desembarco en territorio francés.

En el Alto Rhin se repitió la misma inactividad de siempre. Los contingentes de los miembros heterogéneos del imperio se reunieron tarde, y los dos generales en jefe, el landgrave de Hesse Cassel y el margrave de Baireut, estaban en continuo desacuerdo y disputa; de modo que entre unas y otras circunstancias el ejército francés pudo cobrar pesadas contribuciones de guerra en la orilla derecha del Rhin.

El ciego furor de Luis XIV contra Guillermo III, su mayor adversario, hizo que lo sacrificara todo al deseo de humillarlo, sin conseguir sino la propia humillacion que por cierto fué vergonzosísima. Por el lado de los Alpes operaba Catinat con 10,000 hombres contra los 20,000 que tenian los aliados, mandados por el duque Víctor Amadeo, el cual aprovechó esta superioridad para penetrar en el Delfinado, donde conquistó varias plazas fuertes y devastó horriblemente el país, en desquite, aunque pequeño, de los actos infames cometidos por los franceses en las provincias rhinianas y de los Países Bajos. Los grandísimos resultados que pudieran haberse obtenido allí, resultaron finalmente nulos por la desunion de los generales de las fuerzas aliadas y por la resistencia de la poblacion misma, á cuya cabeza se puso una heroína, á manera de la doncella de Orleans, la señorita de La Tour de Pin. En otoño del mismo año las fuerzas aliadas pasaron de nuevo los Alpes; pero se contentaron con dejar arrasadas las fortificaciones que habian tomado.

En resumen, era evidente que no obstante la derrota naval cerca del cabo de La Hogue, las operaciones y sucesos de la campaña de 1692 habian sido favorables en su conjunto á la Francia. Sus fuerzas materiales habian sido esta vez inferiores á las de la coalicion; pero en cambio se habia mostrado el país como siempre superior á sus adversarios en inteligente direccion, rapidez de movimiento y concentracion de fuerzas. Sin embargo nada se habia decidido, y se hizo necesario otro año de sacrificios enormes de dinero y dolorosísimos de sangre para resolver la cuestion de si la Francia podia jugar impunemente y á su capricho con la tranquilidad y los intereses de los pueblos de Europa.

Por ambos lados se hicieron, pues, grandísimos armamentos y otros preparativos. En Inglaterra se notó algun descontento por los grandes sacrificios que costaba la guerra sin que en apariencia estuvieran comprometidos los intereses ingleses directamente en la gran lucha. La cámara de los lores con este pretexto obligó al rey á poner en libertad á Marlborough, aunque no se le devolvieron sus empleos; y la cámara de los comunes se mostró descontenta de los holandeses y solo despues de mucho vacilar votó los recursos para la continuacion de la guerra.

Guillermo estaba resuelto á hacer un desembarco en Francia, á cuyo fin tomó sus disposiciones con gran prudencia y prevision. Luis por su parte tampoco estaba ocioso, y á pesar de la horrible miseria que agobiaba á la Francia aumentó su ejército hasta cerca de 400,000 hombres, lo cual le hacia decididamente superior á los aliados. Sus deseos no se reducian á vencer y humillar á Guillermo, sino á atropellar además á sus aliados, los alemanes y la España, y castigar terriblemente al duque de Saboya por su invasion del año anterior. Tourville, Boufflers y Catinat vieron recom-

pensados sus servicios con el baston de mariscales, y á fin de excitar mas la ambicion y vanidad francesas, fundó el rey la orden de San Luis para recompensar el mérito militar superior, combinando la alta distincion honorifica con una crecidísima renta vitalicia.

Habíanse formado cinco ejércitos franceses que eran: el de Flandes á las órdenes del duque de Luxemburgo; el del Mosela á las de Boufflers; el de Alemania mandado por Lorges; el de Italia mandado por Catinat, y el de Cataluña capitaneado por el duque de Noailles. A estos se añadió á la sazón un sexto cuerpo dirigido contra los ingleses y destinado á proteger las costas occidentales de Francia á las órdenes del duque de Orleans.

Al través de estos preparativos gigantescos se veía sin embargo que faltaba la energía colosal y la asombrosa direccion práctica de Louvois.

Quiso hacer Luis XIV con Lieja lo que habia hecho con Mons y Namur cuando Louvois dirigia la nave del Estado; pero las fuerzas destinadas á esta empresa no estuvieron á punto de marcha hasta principios del mes de junio, con lo cual tuvo tiempo Guillermo de ocupar con 16,000 hombres la ciudad amenazada, y tomar posiciones tan ventajosas que Luis XIV no se atrevió á atacarle y regresó al momento á Versalles, corrido de tan vergonzoso resultado de la empresa que habia anunciado con grandísimo aparato y pompa. Con esto quedó radicalmente desengañado de sus pretensiones de gran capitán; y aunque siguió todavia muchos años haciendo la guerra, no salió mas á campaña personalmente.

Sus generales entretanto continuaban cosechando nuevos triunfos. El mariscal De Lorges, en mayo de 1693 tomó por asalto, pero sin ningun trabajo, la plaza de Heidelberg en connivencia con su comandante traidor. La ciudad infortunada fué incendiada y destruida hasta los cimientos, y los restos mortales de sus soberanos, los principes electores del Palatinado, arrancados de sus sepulcros y arrojados al Nekar. Estos horrores conmovieron á toda la Alemania, que no tenia fuerza para tomar venganza. Gran fortuna fué que el perito Luis de Baden llamado de Hungría se pusiera entonces á la cabeza de los contingentes del imperio. Al momento cambió el aspecto de las cosas, porque á pesar de los refuerzos que recibieron los franceses de su ejército de Flandes los acorraló y echó al otro lado del Rhin, y eso que los mandaba el príncipe real; con lo cual á lo menos se evitaron en aquella parte mayores desgracias.

En los demás puntos, no tuvieron los aliados sino pérdidas. En Cataluña tomó Noailles la importante plaza de Rosas, y por mar dominaban los audaces corsarios franceses, causando inmenso daño al comercio inglés y holandés á despecho de la evidente superioridad de las escuadras aliadas. En 29 de julio de 1693 atacó el mariscal de Luxemburgo con gran superioridad numérica al mismo Guillermo III en sus posiciones fuertes de Neervinden, y tomando despues de una larga, tenaz y sangrienta lucha las trincheras del ala derecha, obligó al ejército aliado á emprender la retirada. Fué esta batalla la mas sangrienta de toda la guerra, pues causó en ambos campos unas 30,000 bajas. La consecuencia fué que las fortalezas de Huy y Charleroi cayeran en manos del caudillo francés; pero á esto se limitó tambien el efecto de la victoria. Guillermo, falto del rápido golpe de vista tan indispensable á un buen general, concebía y resolvía con lentitud las cosas; pero era maestro en compensar las derrotas con disposiciones y maniobras hábiles, que le resarcian de las pérdidas sufridas. A los 14 dias estuvo otra vez en frente de su contrario á la cabeza de 60,000 hombres.

Catinat tambien obtuvo ventajas, no obstante las contradicciones con que tenia que luchar. Obligó á los aliados á

levantar el sitio de Pignerol y los derrotó en su retirada cerca de Marsaglia en octubre de 1693.

Halagáronse los imperiales de desquitarse de tantos reverses á costa de los turcos; pero mandados por generales ineptos despues de la partida del gran duque Luis de Baden, hubieron de abandonar el sitio de Belgrado con grandes pérdidas, sin contar las burlas de que fueron objeto. Perdióse, pues, la esperanza de hacer la paz con los infieles, cuya arrogancia subió de punto, y llegó hasta el extremo de encerrar en un calabozo al embajador de Holanda, porque se habia encargado de negociar la paz entre el emperador y el sultan.

En esta campaña no fueron ni tan prontas ni tan decisivas como en las anteriores las ventajas alcanzadas por el rey de Francia; pero tambien hay que tener presente que esta vez luchaban contra él mayores fuerzas que antes, y el resultado le fué en definitiva favorable, porque los aliados no habian logrado su propósito, que era humillarle y destruir la preponderancia francesa. Muy al contrario, hasta entonces el balance de cada campaña habia sido invariablemente favorable á la Francia. El Sudeste de la Bélgica, la Saboya, Niza y el Norte de Cataluña habian caido este año en su poder, y en cambio sus enemigos no habian podido quitarle ni una miserable aldea francesa. Las armas francesas estaban victoriosas en todas partes. El mariscal de Luxemburgo habia podido enviar tantos trofeos á Paris con orden de adornar con ellos la catedral de esta capital, que el pueblo le dió el honroso apodo de «tapicero de Nuestra Señora.» Ninguna campaña habia sido tan feliz como esta del año 1693; y sin embargo, entonces sintió Luis XIV la necesidad de hacer la paz!

¡Qué esfuerzo sobre sí mismo no debió costarle el solicitar la paz, contra su costumbre de siempre! En esta ocasion ofreció á sus adversarios sacrificios; no solamente devolver todas las conquistas hechas en la última campaña, sino tambien restituir las fortalezas que tenia ocupadas en el territorio de Tréveris y la de Friburgo á la Alemania, y finalmente renunciar para siempre á sus pretensiones sobre los Países Bajos españoles!

No aceptaron estas condiciones los aliados; y cuando hayamos dirigido una ojeada al estado interior de la Francia, comprenderemos la causa de tan singular humildad de Luis XIV, y de la arrogante y justa confianza de sus enemigos.

CAPITULO III

EL ABATIMIENTO DE LA FRANCIA Y LA PAZ DE RYSWYK

La Francia no era bastante rica para pagar tanta gloria. A pesar de ser el país mas fértil, mas bendecido y mas colmado de dones de toda la Europa, y de tener infinitos recursos, sucumbía por momentos bajo el peso de las exigencias de los cinco años de guerra que su gobierno estaba haciendo á todo el mundo. A la tension sobrehumana y perenne de todas sus fibras, siguió la postracion. Durante los primeros años de esta lucha bastaron para sus necesidades los ingresos ordinarios y 40 millones de libras ó sean 240 millones de pesetas, de entradas extraordinarias; pero desde 1693 se exigió al país una tercera parte mas, ó sean 360 millones de pesetas en el último concepto.

Este sacrificio, por ser continuo, excedía de las fuerzas de la poblacion que á la sazón contaba aproximadamente 18 millones de almas y sobre cuyas clases inferiores pesaba exclusivamente la contribucion anual de 900 millones de pesetas, á pesar de la paralización de su comercio é industria á con-

secuencia de la misma guerra, y á pesar de faltar á la agricultura 450,000 de sus individuos mas robustos, que en los últimos años en lugar del arado y azadon, manejaban el mosquete ó el sable. Era imposible arbitrar semejantes sumas por la vía de la contribucion directa, mucho menos desde que la fuerza productiva de la nacion menguaba progresivamente, por cuya razon el gobierno siguió echando mano del recurso de la creacion y venta de empleos y privilegios, y del sistema de empréstitos. Parecía que el primero de estos recursos se miraba ya, no como una necesidad administrativa, sino como una mera fuente de ingresos. En el mes de mayo de 1691 vendió el gobierno empleos nuevos por 150 millones de pesetas, é inculcable fué el daño que esta medida causó al pueblo y á la produccion con las consiguientes trabas, clasificaciones, limitaciones y exclusiones, con la tiranía del fisco y el desaliento final, porque cada funcionario nuevo procuraba ante todo reintegrarse á costa del público de la suma que le habia costado el cargo y además sacar el beneficio ó renta que habia calculado y que deseaba naturalmente realizar á toda prisa antes de que cambiaran las circunstancias. Además como estos empleados pertenecian evidentemente á la clase pudiente, y resultaban por su misma calidad de empleados exentos de toda contribucion de renta ó de talla, cargaba esta con mas peso sobre sus compatriotas mas pobres. El librar certificados de bautizo, de casamiento y de defuncion, fué objeto de la creacion de otros tantos empleos nuevos y especiales; y la venta de ostras era un privilegio que se compraba. En 1691 se quitó á los gremios por un simple rescripto su antiquísimo derecho de nombrar sus síndicos, y se vendieron estos cargos al mejor postor en beneficio de las arcas del Estado. En enero de 1692 se trasformaron los vendedores de café y de chocolate en funcionarios privilegiados del gobierno, siendo la consecuencia una enorme subida de precios; 24 pesetas costaba una libra de café y 36 una de chocolate. Todas las ejecutorias de nobleza concedidas desde 1.º de enero del año 1601 que no se hallaban inscritas en los libros de la real hacienda, fueron anuladas de una plumada en diciembre de 1692; y como esta medida implicaba un cambio y un despojo terrible en el estado civil y en la hacienda de las víctimas, atendidos los fueros y privilegios de toda clase que entonces iban unidos á estos títulos, la orden no vino á ser mas que una forma nueva de saqueo, un medio de imponer á los perjudicados por aquella infame sorpresa nuevos sacrificios, obligándoles á comprar otra vez sus ejecutorias. En medio de estos golpes, caian sobre las provincias, ciudades y corporaciones contribuciones extraordinarias; al Languedoc tocaron primero dos, luego tres millones de libras ó sean respectivamente doce y diez y ocho millones de pesetas; á la ciudad de Paris 30 millones y pico de pesetas; á la Provenza 4.800,000 pesetas y al clero sucesivamente 24, 48 y 72 millones de pesetas. Los empréstitos menudeaban, variando segun los años, subiendo ora á 106, ora á 60 millones de pesetas, etc. Mas llegó un dia en que todos estos recursos se agotaron y se secaron estas fuentes. No habia ya empleos que vender, y si los habia no encontraban compradores; los empréstitos se hacian difíciles á medida que el crédito público desaparecía; de suerte que á principios del año 1693 la administracion tuvo que proceder á la venta de bienes de la corona, y á una nueva falsificación de moneda. La del 5 por ciento sobre el valor intrínseco del año 1690 no habia tenido malas consecuencias apreciables, á causa de su insignificancia. Esto animó al gobierno á seguir la misma senda, la mas perniciosa para la economía nacional, y publicó en setiembre de 1693 un edicto, mientras las armas francesas se cubrian de gloria en Neervinden y Marsaglia, ordenando á todos los particulares bajo

severísimas penas la entrega de todo su dinero en oro y plata para cambiárselo por el nuevo del mismo valor nominal, pero de inferior valor intrínseco. Rebajóse esta vez el valor verdadero de la moneda en un 15 por ciento, calculando el gobierno sacar de esta operacion un beneficio proporcional á la primera rebaja de valor, es decir, que pasaria de 300 millones de pesetas; pero si en aquella el público presentó al cambio 350 millones de libras ó sean 2,100 millones de pesetas, esta vez solo se presentaron 1,200 millones de pesetas á pesar de las amenazas y castigos empleados; de modo que el beneficio para el rey quedó reducido de 300 á solo 180 millones de pesetas, porque el resto se habia ocultado para mejores tiempos. Esta rebaja de la ley del metal fino produjo una profundísima desorganizacion en todos los ramos de la actividad y en todas las manifestaciones de la vida nacional, pues que las monedas nuevas exigian por su menor valor una subida proporcional en todos aquellos precios que podian fijarse libremente, pero no en aquellos otros que no podian variarse como los estipulados anteriormente en rentas, arriendos, préstamos, nóminas de empleados, etc. De aquí resultaron grandísimas mermas en los ingresos de los interesados; y para mayor desgracia estas confusiones y oscilaciones dieron lugar á especulaciones y manejos de gente astuta, que hizo su agosto sin ventaja para la riqueza nacional.

Pero ni todos estos recursos y arbitrios de mala índole añadidos á los ingresos ordinarios bastaron para hacer frente á los gastos. Los contratistas del gobierno tuvieron que contentarse con promesas de pago para mas adelante, siendo la consecuencia que empeoró la calidad de las provisiones destinadas al ejército y á la marina, y que se exigieron precios mas elevados, todo lo cual redundó en mayores cargas, gastos y perjuicios para el gobierno. Hasta la tropa quedó á menudo meses enteros sin recibir sus pagas, lo cual produjo un relajamiento en la disciplina y una disminucion muy notable en su entusiasmo y arrojo, que se fueron notando mas y mas de un año á otro. Por supuesto, las construcciones mandadas ejecutar por el rey se suspendieron; los industriales y artistas quedaron sin encargos; las diversiones de la corte se interrumpieron y hasta se redujo la mesa real con gran descontento de la gente cortesana. El pago de las pensiones de gracia del bolsillo particular del rey quedó en suspenso, y lo peor fué que se suspendieron tambien las pagas de los empleados. En una palabra, toda la máquina administrativa amenazaba ruina. El parlamento, hasta entonces tan sumiso, empezó á murmurar y no quiso registrar nuevos edictos de hacienda, y en las provincias hubo aquí y allí amagos de motines que fué preciso sofocar con las armas. Los montañeses protestantes en el extremo Sudeste del reino estaban levantados en armas y apoyados por los católicos, desde el año 1689, y á duras penas pudieron ser dominados á fuerza de ejecuciones en masa.

La miseria se apoderó de todo el país. Los elevados aranceles de introduccion y de exportacion ejercian la influencia mas lamentable sobre la industria y la agricultura. El trigo y el vino que la Francia producía en tan grandes cantidades tuvieron que quedar y consumirse en el país, porque los crecidos impuestos los hacian demasiado caros para encontrar salida en los mercados extranjeros. Los operarios dedicados á industrias de lujo emigraron, porque durante las guerras se les habia doblado la contribucion, y los cultivadores del suelo redujeron su produccion al consumo propio, porque no encontraban salida para todos sus productos, y aun vendiéndolos, veían pasar el fruto de su trabajo á manos de los cobradores de contribucion que además los molestaban y vejaban de mil maneras. La ganadería y la